

La mano de Pio IX permaneció extendida sobre la Francia convertida en imperio, y á la sombra de esta bendición empezó para ella una era de prosperidad.

CONCLUSION

La caída.

I.

Volvía de mi cuarto destierro los últimos días del mes de Setiembre de 1871 y entraba en Francia por el Luxemburgo. Estaba dormido en el wagon, cuando de pronto dió el tren una sacudida que me despertó, haciéndome abrir los ojos.

El tren acababa de parar en un paisaje delicioso.

Estaba soñoliento y las ideas difusas é indecisas flotaban aun en mi cerebro; sentía el vago deslumbramiento del despertar.

Un río fluía al lado del ferro-carril al rededor de una isla alegre y frondosa; la verdura era en ella tan espesa, que las gallinetas se hundían y desaparecían al penetrar allí. El río corría al través de un valle semejante á un jardín hondo, en el que había manzanos que hacían pensar en Eva y sauces que recordaban á Galatea. Disfrutaba de uno de esos meses equinocciales que nos hacen sentir el encanto de las estaciones que desaparecen: si se vá el invierno, óyense los cánticos de la primavera; si se vá el estío, se vé despuntar en el horizonte la vaga sonrisa del otoño. El viento calmaba y armonizaba todos los ruidos felices que componen el rumor de los valles, el sonido de las campanas parecía mecer el murmullo de las abejas, las últimas mariposas se encontraban con los primeros racimos de uva; esta hora del año mezcla la alegría de vivir con la melancolía inconsciente de morir pronto. Presentaban á la vista agradable conjunto: hermosas tierras que surcaba el arado, honradas cabañas de aldeanos, yerba alta bajo de los árboles cubierta de sombra, mujidos de bueyes como los que describe Virgilio y las humaredas de las chozas salpicadas de rayos de luz. Oía y meditaba confusamente; el valle era pintoresco y tranquilo; el cielo estaba como colocado sobre un delicioso círculo de co-

linas; se oían á lo lejos cantos de pájaros y cerca de mí voces de niños, como dos canciones de ángeles confundidas; la diaphanidad universal me envolvía, y toda aquella hermosura y toda aquella grandeza iluminaban mi alma como una aurora.

De pronto oí que un viajero preguntaba:

—Qué sitio es este? Dónde estamos?

Otro viajero le contestó:

—Estamos en Sedán.

Me estremecí: aquel paraíso era un sepulcro.

El valle era redondo y profundo como el fondo de un cráter; el río, tortuoso, parecía una serpiente; altas colinas escalonadas unas detrás de otras rodeaban aquel sitio misterioso como un triple círculo de murallas inexorables; entrando allí era muy difícil salir. Aquel paisaje hacia recordar los circos. Inquietante verdura, que se parecía á la prolongación del bosque negro, invadía todas las alturas y se perdía en el horizonte como inmenso lazo impenetrable; el sol brillaba, los pájaros cantaban, los carreteros pasaban silbando, vagaban por allí ovejas, corderos y palomas, el follaje se estremecía y murmuraba, la yerba espesa estaba llena de flores. Me pareció ver temblar sobre aquel valle la espada fulgurante del ángel.

La palabra Sedán fué para mí como un velo que se desgarró y que dió al paisaje súbitamente aspecto trágico. Los ojos vagos que la corteza dibuja en el tronco de los árboles, qué miran? Algo terrible y desvanecido.

En efecto; hacia casi trece meses, antes de que yo pasara por allí, que en aquel paisaje terminó la monstruosa aventura del 2 de Diciembre con una caída formidable.

No pueden estudiarse las sombras itinerarias del destino sin que el corazón se extremezca.

II.

El 31 de Agosto de 1870 el ejército francés estaba reunido, casi apretado, al pié de las murallas de Sedán, en la hondonada de Givonne. El ejército se componía de veintinueve brigadas, de quince divisiones, de cuatro cuerpos de ejército, de ochenta mil hombres. Estaba allí sin que nadie supiera por qué, sin orden, sin objeto, amontonado; era una masa de hombres que arrojaron allí para que la cogiera una mano inmensa.

Este ejército no estaba receloso, ó pa-

recia no estarlo. Sabía, ó creía saber, que el enemigo estaba bastante lejos. Calculando sus etapas á cuatro leguas por día, se encontraba á tres días de distancia de él. A pesar de esto, al aproximarse la noche los jefes tomaban algunas posiciones estratégicas. Apoyaron la retaguardia sobre Sedán y sobre el Mosa, protegiéndole con dos frentes de batalla; una que formó el 7.º cuerpo y que se extendía desde Floing á Givonne, y la otra que la formó el cuerpo 12.º, y que se extendía desde Givonne á Bazeilles, triángulo cuya hipotenusa era el Mosa. El 12.º cuerpo, que lo formaban las tres divisiones Lacrefette, Lartigue y Wolf, colocadas en línea recta y teniendo la artillería entre las brigadas, era una verdadera barrera, que apoyaba sus extremidades en Bazeilles y en Givonne y su centro en Daigny; las dos divisiones Petit y Lhéritier, extendidas detrás de estas dos líneas, formaban su contrabarrera. El general Lebrun mandaba el 12.º cuerpo. El 7.º lo mandaba el general Donay, y solo constaba de dos divisiones, de la division Dumont y de la division Gilbert; formaba el otro frente de batalla, cubriendo al ejército desde Givonne á Floing por la parte de Illy: este frente era relativamente débil, porque estaba demasiado abierto por la parte de Givonne, y solo le protegían por la parte del Mosa las dos divisiones de caballería Margueritte y Bennemains y la brigada Guyomar, que se apoyaba en escuadra sobre Floing. En este triángulo acampaban el 5.º cuerpo, que mandaba el general Wimpfen, y el 1.º cuerpo, mandado por el general Ducrot. La division de caballería Michel cubría el 1.º cuerpo por la parte de Daigny y el 5.º se apoyaba en Sedán. Cuatro divisiones, dispuestas cada una en dos líneas, las divisiones Lhéritier, Grandchamp, Goze y Conseil-Dumenil, formaban una especie de heradura vuelta hácia Sedán, enlazando los dos frentes de batalla.

Dos secciones del ejército estaban sueltas, una á la derecha de Sedán, más allá de Balan; la otra á la izquierda de Sedán, más abajo de Iges. A la otra parte de Balan estaban la division Vassoigne y la brigada Reboul, y más acá de Iges las dos divisiones de caballería Margueritte y Bennemains.

Semejantes disposiciones indicaban profunda seguridad, y Napoleon no hubiera llevado allí sus tropas á no estar completamente tranquilo. La hondonada de Givonne era lo que Napoleon llama-

ba un *cubo* y el almirante Tromp un *vaso de noche*; era un encajonamiento. El ejército es tan dueño del sitio que ocupa, que corre gran peligro de no poder salir de allí. Esto era lo que preocupaba y lo que decían algunos generales bravos y prudentes, como el general Wimpfen, pero desecharon sus consejos. En caso de apuro, decían los que mandaban el séquito imperial, podían llegar á Mezieres y pasar la frontera belga; pero desdeñaban prever estas eventualidades, porque en ciertos casos, prever es casi hacer una ofensa, y convinieron en que allí no corrían verdadero peligro. Si hubieran tenido algun recelo, hubieran cortado los puentes del Mosa, pero ni esto se les ocurrió, porque el enemigo estaba lejos, como el emperador les afirmaba.

El ejército vivaqueó con cierto desorden y se durmió tranquilo la noche del 31 de Agosto, teniendo, ó creyendo tener, asegurada la retirada por Mezieres. Dejaron de tomarse las precauciones más habituales; no hicieron reconocimientos de caballería, no montaron grandes guardias, según afirma un escritor militar alemán. El ejército francés estaba distante del alemán catorce leguas lo menos, sin saber de positivo dónde éste se encontraba; le creía diseminado, sin cohesion, dirigido á la ventura sobre varios objetivos á un tiempo, incapaz de hacer un movimiento convergente sobre un punto único como Sedán; creía saber que el príncipe de Sajonia marchaba á Chalons y el príncipe de Prusia hácia Metz; ignoraba quiénes eran los jefes del ejército contrario, su plan y su contingente de hombres. No sabía siquiera si el ejército alemán se servía de la estrategia de Gustavo Adolfo ó de la táctica de Federico II. Solo abrigaba la necia seguridad de entrar en Berlin dentro de algunas semanas, y hablaba con desprecio del ejército prusiano. Veamos, pues, lo que sucedió la noche del 31 de Agosto mientras el ejército francés dormía.

III.

A la una y tres cuartos de la madrugada, Alberto, príncipe real de Sajonia, en su cuartel general de Mouzon, ponía en movimiento el ejército del Mosa; la Guardia real tomaba las armas sigilosamente, y dos divisiones se dirigían, una hácia Villers-Geruy, por Escambre y por Fouru-aux-Bois, y la otra á Francheval, por Luchy y Fouru-Saint-Remy. La artillería de la Guardia la seguía.

Al mismo tiempo, el 12.º cuerpo sajón tomaba las armas también sigilosamente, y por la carretera al Sur de Donzy llegaba á Lamecourt y se dirigía á la Mocelle; el 1.º cuerpo bávaro marchaba á Bazeilles, sostenido en Reully-sur-Meuse por una division de artillería del 4.º cuerpo. La otra division del 4.º cuerpo pasaba el Mosa en Mouzon y se formaba en Mairy, sobre la orilla derecha. Las tres columnas estaban enlazadas. Habian mandado á las vanguardias que no empezaran ningun movimiento ofensivo antes de las cinco y que ocuparan silenciosamente Fouru-aux-Bois, Fouru-Saint-Remy y Donay. Iban sin mochilas y sin bagajes. Los trenes no corrían. El príncipe de Sajonia, montado, se habia subido á la eminencia de Ambumont.

A la misma hora, en el cuartel general de Chemery, Blumenthal mandó construir á la division wurtemburguesa un puente sobre el Mosa. El 11.º cuerpo, poniéndose en movimiento al despuntar el día, atravesaba el Mosa por Dom-le-Mesnil y por Dom-Cheris y ocupaba á Vrigne-sur-Bois. La artillería le seguía y dominaba el camino de Vrigne á Sedán. La division wurtemburguesa custodiaba el puente que acababa de construir y dominaba el camino desde Sedán á Mezieres. A las cinco el 2.º cuerpo bávaro, con la artillería al frente, hacia salir una de sus divisiones y la dirigía por Bulson hácia Frenois, y la otra division pasaba por Noyers y se formaba delante de Sedán, entre Frenois y Wadelincourt. La artillería de reserva estaba en batería sobre las alturas de la orilla izquierda, enfrente de Donchery.

Al mismo tiempo la 6.ª division de caballería salía de Mazeray, y por Bontancourt y Bolzicourt ganaba el Mosa en Flize; la segunda division de caballería dejaba sus acantonamientos y tomaba posiciones al Sur de Bontancourt; la 4.ª division de caballería tomaba posiciones al Sur de Frenois; el 1.º cuerpo bávaro se instalaba en Reully; la 5.ª division de caballería y el 6.º cuerpo estaban de observacion, y todos, en línea y formados en las alturas, aguardaban el amanecer. El príncipe de Prusia, á caballo, estaba sobre la colina de Frenois.

Al mismo tiempo, sobre todos los puntos del horizonte se verificaban por todas partes movimientos parecidos. Súbitamente invadió las altas colinas ejército inmenso y negro, en el que no se oía ni una sola voz de mando. Doscien-

tos cincuenta mil hombres silenciosamente formaron círculo alrededor de la hondonada de Givonne. Todo esto se ejecutó de un modo espectral, con órden admirable, sin mover el menor ruido en los bosques, en los torrentes y en los valles. Apenas se oía débil murmullo en los follajes espesos. Silenciosa la batalla, hormigueaba en la oscuridad, esperando que rayase el alba.

El ejército francés dormía; de repente despertó, pero ya era prisionero.

El sol se levantó espléndido para las miradas de Dios, pero terrible para las miradas del hombre.

IV.

Los alemanes tenían de su parte el número; eran tres ó cuatro contra uno: ellos confiesan que era su contingente de doscientos cincuenta mil hombres, pero lo positivo es que su línea de batalla tenía una extension de treinta kilómetros; tenían buenas posiciones, coronaban las alturas y llenaban los bosques, protegidos por una artillería incomparable. El ejército francés estaba en una hondonada, casi sin artillería y sin municiones y descubierto ante la artillería enemiga: los alemanes tienen de su parte la emboscada y á los franceses solo les queda el heroísmo.

Aquel hecho de armas fué una sorpresa.

Es esta la guerra legítima? Sí. Si esta es la legítima, cuál es la ilegítima? Todas las guerras son iguales.

Diciendo esto hemos referido la batalla de Sedán.

Quisiéramos concluir aquí; pero no podemos, porque por grande que sea el horror del historiador, narrar la historia es un deber, y debe cumplirlo. No hay pendiente tan resbaladiza como la de decir la verdad; el que se aventura en ella rueda hasta el fondo. Es preciso. El hombre justiciero está condenado á hacer justicia. La batalla de Sedán, más que una batalla que se empeña, es un silogismo que se resuelve; es la temible premeditation del destino. El destino no se cansa jamás, anda su camino y llega siempre. Cuando suena su hora se presenta. Deja que pasen los años, y más tarde, cuando nadie se acuerda de él, aparece. Sedán es lo fatal inesperado. De vez en cuando, la lógica divina tiene estas salidas en la historia.

El 1.º de Setiembre, á las cinco de la mañana, el mundo se despertó al resplandor ardiente del sol y el ejército

francés al sentir el fuego candente de los rayos.

V.

Bazeilles arde, Givonne arde, Floing arde; todo el horizonte es una llama. El campamento francés está dentro de aquel cráter, estupefacto, despavorido, sobresaltado, moviéndose en hormigueo fúnebre. Un círculo de truenos rodea el ejército y el exterminio se cierne sobre él. Aquella inmensa matanza se verifica en todas partes á la vez. Los franceses resisten y son terribles, porque los hace temerarios la desesperacion; sus cañones, casi todos antiguos y de poco alcance, son desmontados con rapidez por los tiros espantosos y precisos de los prusianos. La densidad de la lluvia de granadas sobre el valle es tal, que dejó la tierra rayada como por un rastrillo, según refiere un testigo presencial. ¿Cuántos cañones habia allí? Mil ciento lo menos. Solo sobre la Mocelle colocaron doce baterías alemanas; sobre las crestas de Givonne situaron la 3.ª y la 4.ª abtheilung, con la 2.ª batería á caballo de reserva; enfrente de Doigny diez baterías sajonas y dos wurtemburgesas; la cortina de árboles del bosque del Norte de Villers-Cernay ocultaba la abtheilung montada; estaba allí con la 3.ª artillería gruesa de reserva, y de aquellas espesuras tenebrosas salía un fuego formidable; las veinticuatro piezas de la primera estaban colocadas en batería en la plazoleta vecina al camino de la Mocelle á la Chapelle; la batería de la Guardia real incendiaba el bosque de Guareme; las bombas y las balas acribillaban á Suchy, á Francheval, á Fouru-Saint-Remy y el llano entre Heibes y Givonne, y la triple y la cuádruple fila de bocas de fuego se prolongaba sin solución de continuidad hasta el Calvario de Illy, el punto más lejano del horizonte. Los soldados alemanes, sentados ó tendidos delante de las baterías, observaban cómo trabajaba la artillería. Los soldados franceses caían y morían entre los cadáveres que estaban extendidos por todo el llano; se halló el de un oficial, que le encontraron despues de la batalla un pliego sellado que contenía esta órden, firmada por Napoleon: "Hoy, 1.º de Setiembre, descansan para todo el ejército." Destrozaron las granadas casi por entero al valiente 35.º de línea; la heroica infantería de marina hizo frente durante algunos momentos á los sajones y á los bávaros reunidos, pero retrocedió

al verse acometida por todas partes; la admirable caballería de la division Margueritte, lanzada contra la infantería alemana, se detuvo y quedó aniquilada á la mitad del camino, exterminada por el fuego prusiano. El campo de carnicería pudo tener tres salidas, pero las tres estaban cerradas; el camino de Bouillon por la guardia prusiana, el de Cargignan por los bávaros y el de Mezieres por los wurtemburgeses. Como los franceses no tuvieron cuidado de atrincherar el viaducto del ferro-carril, lo ocuparon durante la noche dos batallones alemanes; las dos casas aisladas que hay sobre la pendiente de Balan podían ser la base de una larga resistencia, pero los alemanes las ocupaban; el parque de Montvillers, frondoso y profundo, podía impedir que se juntasen los sajones, dueños de la Mocelle, y los bávaros, dueños de Bazeilles, pero lo tenía tomado el enemigo. El ejército alemán se movía como si fuera de una sola pieza, con unidad absoluta; el príncipe de Sajonia estaba sobre la colina de Mairy, desde donde dominaba toda la batalla. El mando estuvo fluctuando en el ejército francés desde el principio de la accion: á las seis menos cuarto un casco de granada hiere á Mac-Mahon; á las siete Ducrot le reemplaza; á las diez Wimpfen reemplaza á Ducrot. La muralla de fuego se acerca por momentos; el torrente de rayos es incesante y causa la siniestra pulverizacion de ochenta mil hombres. Jamás se vió cosa semejante, jamás hizo perecer un ejército tan espesa lluvia de metralla. A la una los regimientos desordenados se refugian en Sedán, pero Sedán empieza á arder, el Dijombal arde, las ambulancias arden; no hay más recurso que intentar una salida. Wimpfen, bravo y enérgico, se la propone al emperador. Desesperado el 3.º de zuevos, ha dado el ejemplo; cortado del resto del ejército, se abrió paso y entró en Bélgica.

Pero de repente, sobre el desastre, sobre el inmenso monton de muertos y de moribundos, sobre el heroísmo desventurado, apareció la vergüenza, enarbolando la bandera blanca.

Lo presenciaron Turena y Vauban, representados el primero por su estatua y el segundo por su ciudadela. La estatua y la ciudadela asistieron á aquella capitulacion vergonzosa, y las dos vírgenes, una de bronce y otra de granito, se creyeron prostituidas. La faz augusta de la pátria se cubrió de rubor eterno,

VI.

El desastre de Sedán fué fácil de evitar á cualquiera, pero no á Luis Bonaparte, que no solo no lo evitó, sino que fué á buscarlo. *Lex fati.*

El ejército francés estaba preparado para la catástrofe. El soldado, inquieto, desorientado y hambriento. El 31 de Agosto se veían en las calles de Sedán soldados que buscaban su regimiento y que iban de puerta en puerta pidiendo pan. Hablamos ya de la orden del emperador que señalaba el día siguiente, 1.º de Setiembre, como día de descanso. Efectivamente, el ejército estaba extenuado de fatiga, y solo había hecho insignificantes jornadas; pero el soldado entonces casi había perdido la costumbre de andar.

Mientras, el ejército alemán, inexorablemente mandado y dirigido como un ejército de Jerjes, hacia marchas de catorce leguas en quince horas, y pudo llegar de improviso y lanzarse sobre el ejército francés dormido. Este tenía la costumbre de dejarse sorprender, como le sucedió al general Defally en Beaumont; durante el día los soldados desmontaban los fusiles para limpiarlos y dormían por la noche, pero sin cortar siquiera los puentes, que les entregaba al enemigo.

El 1.º de Setiembre, antes de salir el sol, una vanguardia de siete batallones, que mandaba el general Schultz, se apoderaba de Rull y aseguraba la unión del ejército del Mosa á la Guardia real. Casi al mismo tiempo, con precision alemana, los wurtembergueses se apoderaban del puente de la Platinerie, y los batallones sajones, ocultos en el bosque Chevalier y desplegados en columnas por compañías, ocupaban todo el camino desde la Mocelle á Villers-Cernay.

Hemos visto ya que fué horrible el despertar del ejército francés en Bazeilles: la espesa niebla hacia más densa la humareda; los soldados, atacados en la oscuridad, no sabían por dónde ir, y se batían de casa en casa y de cuarto en cuarto. Inútilmente la brigada Reboul vino á apoyar la brigada Martin-des-Paillieres; tuvieron que sucumbir; Ducrot se vió obligado á concentrarse en el bosque de la Garenne, delante del Calvario de Illy; Donay, quebrantado, se replegaba; Lebrun solo se sostenía en la meseta de Stenay. El ejército francés ocupaba una línea de cinco kilómetros, pero no sabía si hacia frente al enemigo,

porque no le podía ver; el exterminio le hería sin sacar la cara, y estaba luchando con una Medusa enmascarada. La caballería francesa era excelente, pero inútil allí, porque obstruía el campo de batalla un gran bosque, que cortaban las espesuras, casas, granjas y tapias, y era á propósito para la infantería y la artillería, pero inservible para la caballería.

El arroyo de Givonne, que corre por el fondo de aquel bosque y le atraviesa, arrastró durante tres días más sangre que agua. La salida por Carignan, hácia Montmedy, pareció posible en algunos momentos, pero luego la cerraron. No quedó al ejército francés otro refugio que Sedán, que estaba lleno de carretas, de furgones, de bagajes y de barracones para los heridos, y que en aquellas circunstancias era un montón de combustible: la agonía heroica duró diez horas; los soldados, indignados, se negaban á rendirse; querían morir y fueron entregados.

Como acabamos de decir, tres hombres intrépidos se sucedieron en el mando del ejército; Mac-Mahon, Ducrot y Wimpfen; Mac-Mahon solo tuvo tiempo para ser herido; Ducrot solo tuvo tiempo para cometer una falta, y Wimpfen solo tuvo tiempo para ocurrírsele una idea heroica. Pero Mac-Mahon no fué responsable de su herida, ni Ducrot de su falta, ni Wimpfen de la imposibilidad de salir de allí: la granada que hirió á Mac-Mahon le retiró de la catástrofe; la falta de Ducrot, que consistió en la orden importuna de retirada que dió al general Lebrun, se explica por la confusión horrorosa de la situación; Wimpfen, desesperado, necesitaba para salir de allí veinte mil hombres y solo pudo reunir dos mil: la historia absuelve á estos tres jefes; solo hubo en el desastre de Sedán un general fatal, el emperador. Lo que ató el 2 de Diciembre de 1851 se desató el 2 de Diciembre de 1870: la carnicería del boulevard Montmartre y la capitulación de Sedán son, como antes dijimos, las dos partes de un silogismo; la lógica y la justicia tienen la misma balanza, y era la fatalidad del destino funesto de Bonaparte empezar con la bandera negra de la matanza y terminar con la bandera blanca del deshonor.

VII.

Era preciso elegir entre la muerte y el oprobio; era preciso rendir el alma ó la

espada. Luis Bonaparte rindió la espada.

Escribió á Guillermo:

“Señor y hermano mio:

No habiendo podido morir en medio de mis soldados, solo me resta el recurso de poner mi espada en manos de Vuestra Majestad.

Soy de Vuestra Majestad el buen hermano,

NAPOLEON.

Sedán 1.º de Setiembre de 1870.”

Guillermo le contestó:

“Señor y hermano mio: Acepto vuestra espada.”

El 2 de Setiembre, á las seis de la mañana, aquel llano, empapado en sangre y cubierto de cadáveres, vió pasar una carretela á la Daumont, dorada, descubierta, tirada por cuatro caballos, y en aquella carretela iba un hombre con el cigarrillo en la boca. Era el emperador de los franceses que iba á rendir la espada al rey de Prusia.

El rey hizo esperar al emperador. Era demasiado temprano y envió á Bismarck á decirle á Luis Bonaparte que no quería recibirle aun. Luis Bonaparte esperó en un caserón al borde del camino, en un aposento que no tenía más muebles que una mesa y dos sillas. Bismarck y él se apoyaron de codos sobre la mesa y entablaron lúgubre conversacion. A la hora que el rey quiso, hácia el medio día, el emperador volvió á subir al coche y se fué al castillo de Bellevue, esperando allí á que el rey acudiese. A la una llegó Guillermo, consintió en recibir á Luis Bonaparte y le recibió mal. Atila no tiene la mano ligera. El rey, rudo, buen hombre, manifestó al emperador conmiseracion involuntariamente cruel, porque hay compasiones que abrumán. El vencedor reprochó la victoria al vencido. Las manos rudas manejan mal las heridas abiertas.—“¿Por qué os ocurrió la idea absurda de declararme la guerra?” El vencido se escusó, alegando que la opinion unánime de Francia le impulsó á ello. Los hurras lejanos del ejército alemán victorioso entrecortaban aquel diálogo.

El rey hizo que sacara de allí al emperador un destacamento de la Guardia real. Este exceso de ignominia se llama “escolta de honor”. Despues de entregar la espada, entregó el ejército.

El 3 de Setiembre Luis Bonaparte entregó á Alemania ochenta y tres mil soldados franceses. “Además (segun el

TOMO III.

informe prusiano) una águila y dos banderas. Cuatrocientos diez y nueve cañones de campaña y ametralladoras. Ciento treinta y nueve cañones de plaza. Mil setenta y nueve carros de todas clases. Sesenta mil fusiles. Seis mil caballos, útiles para el servicio.”

Las referidas cifras alemanas carecen de exactitud. Segun lo que conviene, en los primeros momentos las cancillerías áulicas aumentan ó disminuyen el desastre. Hubo cerca de trece mil heridos entre los prisioneros; este número varia en los documentos oficiales. Una relacion prusiana, que suma los soldados franceses heridos ó muertos en la batalla de Sedán, cuenta *Diez y seis mil cuatrocientos hombres*. Este número horripila. Diez y seis mil cuatrocientos soldados empleó Saint-Arnaud para la matanza del boulevard Montmartre el día 4 de Diciembre.

A una media legua al Noroeste de Sedán, cerca de Jiges, el Mosa forma una península. Un canal corta el istmo, de modo que la península es una verdadera isla. Allí fueron encerrados y conducidos por las varas de los cabos prusianos ochenta y tres mil soldados franceses. Algunos centinelas custodiaban aquel ejército. Los vencidos permanecieron allí diez días; los heridos casi sin auxilios y los sanos casi sin alimento. El ejército alemán se reía de ellos. El cielo se mezcló en esto y el tiempo era cruel; ni tenían barracones, ni tiendas, ni una hoguera, ni un haz de paja. Durante diez días y diez noches los ochenta y tres mil prisioneros vivaquearon, mojándose la cabeza con la lluvia que caía sobre ellos y teniendo los pies en el barro: muchos murieron de calenturas, lamentándose de no haber sucumbido en Sedán.

Al fin llegaron unos wagones de conducir ganado y se los llevaron de allí.

El rey hizo ir al emperador á un sitio cualquiera; á Wilhelmshoc.

VIII.

Me quedé pensativo ante el sitio de la catástrofe y estremecido ante sus llanuras, torrentes y colinas, y retenido allí por una especie de horror sagrado.

El jefe de la estacion de Sedán se acercó al wagon donde yo iba y me explicaba todo lo que yo tenía ante la vista, y yo creía percibir al través de sus palabras los pálidos resplandores de la batalla. Ardieron todas aquellas cabañas esparcidas, que ahora doraba el sol y

se habian ya reedificado; la naturaleza, olvidadiza, barrió, limpió y volvió á poner cada cosa en su sitio. Se habia ya desvanecido el trastorno feroz que en ella causaron los hombres y el órden eterno habia recobrado su imperio. Pero por más que el sol iluminase con limpidez aquel valle, yo continuaba viendo en él humareda y tinieblas. A mi izquierda, en lontananza, veia el vasto castillo de Vandresse; allí estuvo alojado el rey de Prusia. A la mitad de aquella altura, y á lo largo del camino, distinguia por encima de los árboles tres torrecillas agudas, las del castillo Bellevue; allí Luis Bonaparte se rindió á Guillermo, allí entregó nuestro ejército, allí tuvo que esperar cerca de una hora, silencioso, lívido y avergonzado, esperando que Guillermo quisiera abrirle la puerta. Más abajo, en el valle, á la entrada del camino que conduce á Vandresse, me señalaron un caseron, en el que el emperador Napoleon III, esperando al rey de Prusia, entró en un pequeño patio, donde gruñía un perro atalo, y se sentó sobre un pedrusco cerca de un monton de estiércol, y dijo:—“Tengo sed.” Un soldado prusiano le dió un vaso de agua.

Tal fué el vergonzoso fin del golpe de Estado. La sangre bebida no apaga la sed, y debia sonar la hora en que su desgraciado autor lanzara este grito de fiebre y de agonía. La ignominia le reservaba aquella sed y la Prusia aquel vaso de agua. Heces horribles del destino.

A pocos pasos de mí, cinco álamos estremecidos y pálidos casi cubrian la fachada de una casa, en cuyo piso único campeaba una muestra; encima de ella ví escrito en letras grandes este nombre: DROUET. Quedé sombrío, porque decia Drouet y yo leia Varennes. La trágica casualidad confundia Varennes con Sedán, y parecia querer confrontar las dos catástrofes y atar con la misma cadena al emperador prisionero del extranjero y al rey prisionero de su pueblo.

La oscuridad que produce el desvarío cubria para mí aquella llanura; me parecia que salian del Mosa reflejos sangrientos; que la isla vecina, cuya verdura acababa de admirar, tenia por subsuelo inmensa tumba; mil quinientos caballos y otros tantos hombres quedaron enterrados en ella; por esto la yerba era espesa. Desparramados por el valle hasta donde la vista alcanzaba, aparecian montecillos con vegetaciones si-

niestras; cada uno de ellos señalaba el sitio donde quedó enterrado un regimiento. En uno pereció la brigada Guyomar, en otro quedó exterminada la division Lhéritier, en otro pereció el 7.º cuerpo y en otro toda la caballería Margueritte. Desde las dos cimas más altas de aquella cordillera de colinas, Daigny, que tiene doscientos setenta y seis metros de elevacion, y Fleigneux, que tiene doscientos noventa y seis metros, las baterías de la Guardia real de Prusia destrozaron el ejército francés. Desde aquellas alturas, y con la terrible autoridad del destino, parecia que vinieron expresamente los unos para matar y los otros para morir. Contemplaba, sin poder apartar de allí los ojos, el tremendo desastre, las ondulaciones del terreno que no habian protegido á los regimientos franceses, los barrancos en donde se hundió la caballería, el anfiteatro donde se escalonaba la catástrofe, las rocas escarpadas y sombrías, las malezas, las vertientes, los precipicios, los bosques llenos de emboscadas, y en aquella formidable oscuridad, ¡oh, Invisible! yo te veia.

—

Jamás hubo caida tan lúgubre, ni expiacion comparable con ésta. Fué un drama inaudito que constó de cinco actos, tan feroces, que el mismo Esquilo no se hubiera atrevido á concebirlos. Sus cinco actos fueron: *La Alevosia, La Lucha, La Matanza, La Victoria y La Caida*. Qué enredo y qué desenlace! Al poeta que lo hubiera predicho le hubieran tomado por un traidor; solo Dios podia permitirse el desenlace de Sedán; El solo dá proporciones á todo; á un acontecimiento peor que el 18 Brumario, era preciso dar un desenlace peor que el de Waterlloo.

El primer Napoleon afrontó su destino: no le deshonró el suplicio; cayó mirando fijamente á Dios; entró la última vez en Paris discutiendo con los hombres que le derribaban; supo conocerles, apreció á Lafayette y despreció á Dupin. Quiso hasta el último momento ver claro su destino, no se dejó vendar los ojos y aceptó la catástrofe, imponiéndola condiciones. En Napoleon el Pequeño no se vé nada parecido; puede decirse de él que fué un traidor herido á traicion; fué un desgraciado que siente que le agarrota el destino y que no sabe lo que hará de él. Subió á la cumbre del poder y fué dueño ciego del mundo im-

bécil. Deseó que lo votaran por medio de un plebiscito y lo consiguió, logrando tener bajo sus plantas al mismo rey Guillermo. Pero en un momento y bruscamente le atrapó su propio crimen, no supo resistir y fué el condenado que obedece su condena, prestándose á que la suerte dispusiera de él como quisiese: jamás hubo paciente tan dócil. Sin tener ejército provocó la guerra; contando con Rouher desafió á Bismarck; dirigido por Lebœuf atacó á Moltke, y confió Estrasburgo á Uhrich y Metz á Bazaine. Acumuló cien mil hombres en Chalons, con los que podia cubrir á Paris, y los condujo él mismo expresamente, queriendo y sin preverlo, al sitio de su exterminacion; hizo la eleccion horrorosa de un campo de batalla sin salida; porque ya no tenia conciencia de nada, ni de su falta de hoy ni de su crimen de ayer; debia terminar, pero solo podia terminar como fugitivo; este condenado no era digno de mirar su porvenir cara á cara; inclinó la cabeza y le volvió las espaldas; Dios le ejecutó degradándole; Napoleon III, como emperador, tenia derecho al rayo, pero como en sus manos fué infamante, el rayo le ha abrasado por detrás.

—

Dejemos aparte al hombre y fijémosnos en la humanidad. La invasion de Alemania en Francia en 1870 fué un efecto de noche. El mundo se quedó asombrado de que tanta oscuridad pudiese salir de un pueblo. Cinco meses negros constituyeron el sitio de Paris. Convertir el dia en noche es una prueba de gran poder, pero la verdadera gloria consiste en alumbrar, y la Francia ilumina. De esto nace su inmensa popularidad humana. La civilizacion la debe su aurora. El espíritu humano, cuando quiere ver claro, vuelve la vista á Francia. Cinco meses de tinieblas es lo que consiguió la Alemania en 1870 dar á las demás naciones; la Francia en cambio les ha dado cuatro siglos de luz.

En la actualidad el mundo civilizado conoce más que nunca que necesita á la Francia, y ésta lo ha probado estando en peligro. La apatía ingrata de los gobiernos ha hecho crecer la ansiedad de las naciones. Al ver amenazado á Paris, invadió á los pueblos el terror de ser decapitados. ¿Dejarán que obre Alemania como le plazca? Pero la Francia se ha salvado sola á sí misma; le bastó con levantarse. *Patuit dea.*

Hoy es grande como nunca; apenas la ha herido lo que hubiera causado la muerte á cualquier otra nacion. Las sombras que llenaron su horizonte hicieron más visible su luz. Lo que perdió en territorio lo ha ganado en resplandor. Es fraternal sin esfuerzo y sufre su desgracia sonriendo. No pesa sobre ella el imperio gótico, porque es una nacion de ciudadanos y no un rebaño de súbditos. No teme á las fronteras; ¿las habrá dentro de veinte años? No teme á la victoria, porque la Francia ostenta en su pasado las victorias de la guerra y en el porvenir las victorias de la paz. El porvenir es de Voltaire y no de Krupp; es del libro y no de la cuchilla; el porvenir es de la vida y no de la muerte. Hay en la política opuesta á la de Francia cierta cantidad de sepulcro; buscar la vida en las instituciones viejas es inútil, y alimentarse del pasado es morder ceniza. La Francia tiene la facultad de iluminar; ninguna catástrofe militar ni política puede arrebatarla esta misteriosa supremacia. Cuando pasa la nube vuelve á brillar la estrella.

La estrella no tiene cólera; la aurora no guarda rencor á la luz; le basta ser luz. La luz es todo, y este es el amor unánime del género humano. La Francia sabe que es amada porque es buena, y es el mayor de todos los poderes conseguir que nos amen. La Revolucion francesa se hizo para todo el mundo. Es la batalla constantemente empeñada para conseguir lo justo y perpetuamente ganada para conseguir lo verdadero. Lo justo constituye el fondo del hombre y lo verdadero el fondo de Dios. ¿Cómo oponerse á una revolucion que tanta razon tiene? De ninguna manera. Es preciso amarla, y esto es lo que hacen las naciones. La Francia se dá y el mundo la acepta. Se puede resistir á la invasion de los ejércitos, pero no puede resistirse la invasion de las ideas. La gloria de los bárbaros debe consistir en que les conquiste la humanidad; la gloria de los salvajes en que les conquiste la civilizacion; la gloria de las tinieblas en que las conquiste la luz. Por esto la Francia es querida y consentida por todos; como no siente odio, no teme; por eso es fraternal y maternal; por eso no puede empuñarse, humillarse ni irritarse; por eso, despues de pasar por tantas pruebas y tantas catástrofes, incorruptible é invulnerable, tiende la mano desde lo alto á todos los pueblos.

Cuando la mirada se fija en el viejo

continente, que hoy remueve un nuevo soplo de vida, al aparecer ciertos fenómenos se entrevé la formación augusta y misteriosa del porvenir. Puede decirse que así como la luz se compone de siete colores, la civilización se compone de siete pueblos. De estos pueblos, tres, la Grecia, la Italia y la España, representan el Mediodía; tres, la Inglaterra, la Alemania y la Rusia, representan el Norte; el séptimo ó el primero, la Francia, es á la vez Norte y Sur, céltica y latina, gótica y griega. Este país debe á su cielo esta casualidad sublime, el cruzamiento de los dos rayos, que es como si dijéramos la unión de las dos manos, esto es, la paz. Tal es el privilegio de

Francia; es á la vez solar y estrellada; tiene en su cielo tanta aurora como el Oriente y tantos astros como el Septentrion. Algunas veces su luz se levanta en las tinieblas y brilla su resplandor en la noche negra de las revoluciones y de las guerras: entonces sus auroras son boreales.

Un día, quizá no lejano, las siete naciones que reasumen la humanidad se aliarán y se fundirán, como los siete colores del prisma, en un radiante arco celeste; el prodigio de la paz aparecerá eterno y visible sobre la civilización, y el mundo contemplará deslumbrado el inmenso arco iris de los pueblos unidos de Europa.

FIN DE LA HISTORIA DE UN CRÍMEN.

DRAMAS